

NÚMERO 296

JAVIER ROIZ

Teoría e ingeniería de la vida pública



Importante

Los Documentos de Trabajo del CIDE son una herramienta para fomentar la discusión entre las comunidades académicas. A partir de la difusión, en este formato, de los avances de investigación se busca que los autores puedan recibir comentarios y retroalimentación de sus pares nacionales e internacionales en un estado aún temprano de la investigación.

De acuerdo con esta práctica internacional congruente con el trabajo académico contemporáneo, muchos de estos documentos buscan convertirse posteriormente en una publicación formal, como libro, capítulo de libro o artículo en revista especializada.

www.cide.edu
AGOSTO 2016

D.R. © 2016, Centro de Investigación y Docencia Económicas A.C.
Carretera México Toluca 3655, Col. Lomas de Santa Fe, 01210, Álvaro Obregón, México DF,
México.
www.cide.edu

www.LibreriaCide.com

Oficina de Coordinación Editorial
editorial@cide.edu
Tel. 5727 9800

Agradecimientos

Quiero agradecer al Centro de Investigación y Docencia Económicas (cide) la oportunidad que me ha ofrecido, con su nombramiento como Profesor de Investigación Visitante, de progresar en mi obra en un entorno idóneo para ello. Vayan mis gracias a todo su personal de apoyo, tan acogedor como eficiente.

También a los/las colegas que me honraron atendiendo mi seminario de investigación y me proporcionaron el contraste y el interés para llevar a cabo este trabajo.

Quiero expresar un agradecimiento especial al doctor David Arellano por sus comentarios profesionales y su amabilidad. Su apoyo ha sido un respaldo muy importante a este trabajo.

Un recuerdo afectuoso al profesor Luis F. Aguilar Villanueva quien desde el primer momento me recomendó venir al CIDE a desarrollar mi proyecto intelectual.

Resumen

Este trabajo argumenta en favor de la ingeniería pública ante una ciencia política escolástica, desgarrada entre teoría normativa y empírica. La sociedad vigilante entiende la vida como guerra. Frente a ello, los ingenieros aplican los avances de la ciencia a la vida diaria.

El mundo interno halla en la política una pantalla donde proyectar nuestros conflictos: esquizoides, mágicos y persecutorios. La proximidad del ingeniero a la realidad, su formación científica, su vinculación con el cliente y su contacto con los problemas cotidianos, pueden llevarle a ser un mero tecnócrata piadoso; pero también pueden protegerle, y protegernos, de una visión delirante de la política en la que la pantalla nacional es un campo de resolución de necesidades in foro interno de los individuos.

Palabras clave: ingeniería, vigilancia, letargia, tecnocracia, mundo interno, pantallas

Abstract

In the face of a scholastic political science that has been torn by its division into normative and empirical theory, this study argues in favor of public engineering. While engineers apply the advances of science to daily life, the vigilant society sees life as war.

The internal world experiences politics as a screen on which to project our own schizophrenic, magical and persecutory conflicts. The proximity to reality of an engineer, his or her contact with clients and daily problems, along with the scientific training involved in this profession may lead engineers to become mere compassionate technocrats. Yet they may also protect individuals from a delusional view of politics, in which the national screen becomes a place to resolve the internal needs of individuals.

Keywords: engineering, vigilance, lethargy, technocracy, internal world, screens

Introducción

*La esfinge con sus cánticos pérfidos
nos forzaba a descuidar lo oscuro para afrontar lo urgente¹*

El trabajo de los ingenieros, con su aplicación del conocimiento científico para mejorar la vida de las ciudades, es claramente una avenida de benignidad para la especie humana.

La capacidad de *inventio* de estos profesionales, junto con su esfuerzo cívico y trabajo constante, es uno de los elementos más necesarios en la política, en la vida pública.

Con frecuencia en la ciencia política actual se intenta, siguiendo sobre todo la filosofía griega de la acrópolis, que el pensamiento abstracto, las escuelas filosóficas, lo que algunos expertos llaman el *bios teorethikos*, sea colocado por encima de la ingeniería.

No creo que debamos aceptar eso. En este trabajo procuramos desmontar esa opinión, muchas veces sólo implícita, pero que tiene gran alcance en los prestigios académicos y en la influencia en la ciudad.

Además, cuando se afianza esta valoración se acaba inexorablemente en una separación drástica entre teoría e ingeniería, *una pugna de la que nunca salen beneficiados los ciudadanos*.

Las ciencias modernas (producto del *modus hodiernus*) surgen a partir del siglo XIII en la Europa Occidental, como surgen en ella las dos franquicias más importantes producidas allí: la *Universitas Studiorum* y el Estado. El objeto de este estudio es tan sólo pararse a pensar sobre su influencia en la vida pública

Vigilancia sin letargia

El siglo veinte ha traído consigo una destrucción humana sin precedentes: las dos guerras mundiales, la utilización de armamento nuclear sobre ciudades y el deslizamiento de todo tipo de gobiernos hacia el auge de lo dictatorial y lo totalitario, bien sea estatal o populista. El balance ha dejado un registro impresionante de destrucción humana en el siglo XX.

El fracaso de la ciencia política para (i) pronosticar los males que se acercaban y (ii) su ineptitud para encontrar soluciones ha dejado a las ciencias de lo público en una situación de perplejidad y de casi susto continuo. Pensemos en el crecimiento indiscriminado de la corrupción, en el deterioro de la ley o en el desbocamiento de las finanzas mundiales. Para resumir, hoy hay varios países que podrían destruir, a

¹ Sofocles, “Édipo rey”, 105, *Tragedias*, versión rítmica de Manuel Fernández-Galiano, Planeta, Barcelona, 2011, p. 236.

conciencia o por error, el planeta con su armamento o con actividades lesivas para el entorno.

Uno de los pasos más firmes que se han dado en la teoría política ha sido el emerger de la parálisis romántica, un estancamiento que nos había entrampado en el tejido de las grandes ideologías, presentadas como *soluciones omnipotentes*. Son ya muchos los científicos que comprenden que todas las ideologías parten del mismo substrato social y que, aunque ellas proclamen lo contrario incluso estridentemente, sus rasgos profundos se parecen en cosas sustantivas. Se trata de la llamada *sociedad vigilante sin letargia* y que no tiene nada que ver con los análisis de ciertos estudiosos que a la Foucault (1926-84) seguían desmontar las trampas de la democracia con un tono de denuncia constante *y con las mismas armas y herramientas de la sociedad vigilante*.

La sociedad vigilante

La aparición de la sociedad vigilante se remonta al siglo XIII de la Europa occidental, es decir el corazón de Francia (Borgoña), Inglaterra, la península ibérica, los territorios ribereños del Rin en Alemania y el norte de Italia hasta Milán.

Su aparición se hace manifiesta bruscamente con la aparición de instituciones nuevas que van a ser franquicias en el futuro de la cultura occidental.

Los pensadores vigilantes más conspicuos han hecho todos profesión de fe sobre lo que podemos considerar un axioma de la filosofía vigilante: *el principio de identidad aristotélico*. Se trata de la idea de que no se puede ser A y B al mismo tiempo ni estar en dos sitios a la vez. Ello es todo un dogma y este principio ha sido asumido por todo el pensamiento occidental. Es como la clave que ha articulado la sociedad vigilante. Y lo es así en todas las ramas del pensar. Tommaso d'Aquino (1225-1274) y Thomas Hobbes (1588-1679) son sus valedores prototípicos. La vigilancia será el éter de la atmósfera de las sociedades vigilantes. En palabras contemporáneas de Michael Walzer: *watchfulness*.

Su preparación va a requerir de **procesos históricos hondos y lentos** en los que el trabajo de la religión cristiana, la tecnología militar y el desarrollo de nuevos conocimientos serán decisivos.

En el momento actual en que nuestros estudiantes se incorporan a la ciencia de lo público, debemos compartir con ellos algunas reflexiones que nos ha costado a sus maestros casi una agonía, pero que pueden tener el final feliz de servirles de protección. En cierto modo viene a ser volver a la comprensión de la enseñanza que tenían los *rétores*: la enseñanza como antídoto. Veamos qué podemos ofrecerlos.

1ª Reflexión. El hallazgo de la sociedad vigilante o sociedad militarizada. Se trata de una vida pública y privada en la que no se permite la *letargia*: con lo que implica de ensoñación, silencio constructivo (el *mutus* de Giambattista Vico (1688-1744)), el enamoramiento de nuestros escenarios, el descanso pacífico, la atención a los infantes y sobre todo, la aceptación del mundo interno en el gobierno de nuestras vidas.

Veamos cuáles son sus rasgos:

En el siglo veintiuno el Estado se muestra a favor de una sociedad que podemos llamar vigilante. Quizá mejor debamos decir que fue necesario preparar una sociedad vigilante para luego establecer el estado occidental. Esta sociedad se caracteriza por varios puntos centrales que se ejercen como axiomas: (i) la vida es una guerra incesante, una lucha continua, vivir es prepararse para la lucha; (ii) el saber es poder y por ello la pedagogía y sus instituciones caen inevitablemente en el campo de lo político y sus pugnas; (iii) lo esencial de la vida es el tiempo de vigilia, la letargia es asociada a pérdida de vida y directamente considerada tiempo flojo, necesario en un mínimo, pero a todos los demás efectos improductivo; (iv) el tiempo histórico y la acción humana están sometidos al principio de identidad aristotélico, la vida fluye siempre hacia adelante, e inconfesadamente más pronto o más tarde hacia abajo, y (v) la verdadera solución de un problema ha de ser siempre una solución final.²

*Anulación de la retórica*³

Una de las artimañas violentas, y triunfales, en este sentido ha sido la erosión de la retórica. Si el pensamiento aristotélico partía de la base de la íntima complementariedad de dialéctica y retórica, para los vigilantes esto había de cambiar. La sociedad vigilante no se fía de la contingencia, no puede aceptar la duda en sus acciones. Su técnica consistirá en trabajar sobre los aspectos inherentes de la vida y procurar controlar la contingencia. Es más, el gran ideal omnipotente de la filosofía vigilante será sin duda, montar una manera de pensar que supere la contingencia. En palabras meridianamente claras de G. W. F. Hegel (1770-1831), “la consideración filosófica no tiene otro designio que eliminar lo contingente”.⁴

Pero observemos que la supresión de la contingencia viene a significar la **negación del mundo interno**; una cancelación buscada porque sobre ese ámbito no hay un control del yo; y tal control se persigue con ahínco como forma de mantener el gobierno de la vida de cada uno. Esto trae consigo entender al individuo de una manera diferente.

El surgimiento de la ciencia moderna se afianza sobre la profesionalización de sus practicantes (la ciencia política empírica se inicia institucionalmente en 1875 en París y Nueva York) y (ii) la esquilmación del potencial del componente retórico de la vida pública.

La degradación de la retórica será el paso previo para hacer posible el surgimiento de la *metodología como estrella decisiva* de esta actividad humana. En las ciudades griegas de la época que nuestros filósofos consideran la época áurea de lo griego, siglos V al II (a. E. C.), la vida pública conjugaba muy profundamente ambas destrezas en la vida

² Javier Roiz, *El mundo interno y la política*, Plaza y Valdés, Madrid/Ciudad de México, 2013, p. 139.

³ José Luis Ramírez, “El retorno de la retórica”, *Foro Interno*, 1, pp. 65-73, passim.

⁴ G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza, Madrid, 1980 (1999), p. 43.

pública, *dialéctica* y *retórica*. El propio Aristóteles hubiera creído impensable para estos pensadores de la parte alta el participar en la vida pública o simplemente afrontar su conocimiento sin tener en cuenta estas dos antístrofas o partes complementarias de *un todo inseparable*.

Llama la atención que sean precisamente los pensadores más aristotélicos de la vida occidental, por supuesto los modernos, los que se la ingenian para anular la retórica. La calumnian como *ars fallendi* (el arte de engañar) o simple *ornatus* (adorno inútil). La calumnian y la tergiversan para poder desprenderse de ella. Una vez anulada, entregan la responsabilidad del estudio científico a la dialéctica.

La vía libre de una *dialéctica sin retórica* se planteará como un triunfo de la racionalidad sobre los restos de los componentes científicos del pensar. La dialéctica – sin retórica, claro está– se afianzará como la verdadera herramienta del pensar de los científicos. El avance se celebrará como un triunfo de la racionalidad: “La invención ya no pertenece más a los retóricos, sino que debe ser sorbida de las brillantes, ricas corrientes de los dialécticos”⁵.

Cuando en el siglo XVIII se consolide este intento de afianzar el pensamiento científico definitivamente, y cuando de intente dar el paso decisivo de utilizar la dialéctica para abordar la vida pública (ejemplo de complejidad), *las ideologías* se apuntarán todas sin excepción a su uso como paso para acometer la civilización del saber político. Este pensamiento tan rotundo empezaba a creer que su uso correcto podría desmontar triunfalmente las complejidades de la vida pública.

La dictadura dialéctica

La dialéctica encuentra una amable aceptación, a veces entusiasta, en las diferentes ideologías. Son memorables las exclamaciones a su favor en frases como “la dialéctica de los puños y las pistolas” de los fascistas españoles, la dialéctica de la ilustración de la Escuela de Frankfurt, la dialéctica como instrumento de comprensión de la vida y de desvelamiento de sus misterios o el entramado dialéctico de la vida e incluso de la naturaleza, en el caso del anarquismo y del marxismo. **La dialéctica es la pieza central de las ideologías modernas**, de todas ellas.

Un paso importante en el avance de esta ciencia empírica y materialista, que ya se ha despojado de lo que sus partidarios creen ser los componentes filosóficos o las nieblas de la religión, es el adjudicar la *inventio* más sublime de la retórica, a la investigación básica, a la dialéctica.

Por ello, los intelectuales puramente dialécticos, los más estrictos, se harán con la cédula de honor para ejecutar ellos mismos la investigación empírica. El trabajo de campo, la indagación de esa realidad que ellos han dejado ya sobria y preparada para la

⁵ Gabriel Harvey, *Rhetor, or a Two-Day Speech on Nature, Art, and Practice in the Study of Rhetoric* (Henry Bynnenman, London, 1557) trad. de Mark Reynolds, 2001, p. 59. Debo esta cita a mi colaboradora la Dra. Laura Adrián.

mesa de operaciones, les va a corresponder a ellos, que se atreverán a afirmar que *la única ciencia posible es la basada en la ciencia experimental*.

Los investigadores empíricos de la segunda mitad del siglo XX, anularán para siempre –al menos así lo veían ellos– el trabajo de la teoría política (a la que llaman *normativa*) porque la descalifican debido a las impregnaciones antedichas: la religiosidad y los componentes irracionales de la conducta humana. Ellos plantearán la única manera de estudiar la realidad pública.

Esto traía consigo también *la degradación del trabajo de los ingenieros*, que pasarán a ser meros ejecutores o aplicadores del trabajo de los maestros de la investigación empírica.

El resultado fue que se extendería la idea de que los investigadores empíricos eran los únicos pensadores en profundidad de las distintas ramas de la ciencia.

La investigación empírica, con sus éxitos en el siglo XIX y XX en el campo de la física la biología, la economía y la psicología, se va a implantar también como la matriz de la ciencia política de la posguerra mundial. Veamos sus avances.

Ciencia política empírica

En la investigación sobre la política el ejecutante siempre adopta un enfoque o *approach* en su trabajo que pasa por tres fases:

- (i) Perspectiva de investigación,
- (ii) metodología y
- (iii) problemática.

La práctica actual de las ciencias sociales consiste en salir de los “gabinetes” para acercarse a los objetos de estudio. De ahí la expresión en español de hacer “trabajo de campo”, sin que ello signifique exactamente pisar una sola espiga o aplastar la hierba.

La inclinación de la ciencia hacia lo empírico implica un trabajo extractivo que, con su razonar y su ejecución práctica, nos da una salida hacia el escenario corpóreo de la vida en donde sí rige, como no podía ser menos, el *principio de identidad* con su tiempo y espacio. El *trabajo teórico* será sacado decididamente del campo de la especulación, tan atribuible en general a la religión o a la filosofía, para ser entregado a las ciencias duras en donde se registra y actúa generalmente en el planteamiento de los problemas.

Pero sobre este trasvase debemos hacer algunas observaciones.

- (i) En la aproximación que un investigador hace a su objeto de estudio, siempre influirá en alguna medida su preparación, sus intereses ideológicos y su propia identidad como ciudadano.
- (ii) Una vez recogidos los primeros resultados, el investigador con frecuencia pretende clasificarlos y, respecto a esto, creo que sigue vigente la afirmación de Carl G. Hempel de que: “el establecimiento de un sistema adecuado de clasificación en un

dominio de investigación dado puede ser considerado como una modalidad especial de formación del concepto científico”.⁶

(iii) La problemática que presenta un mercado de clientes o el interés de un equipo de investigación están sujetos a muchas influencias que exceden la capacidad de análisis de nuestro yo.

Por otra parte, el trabajo de los científicos sociales suele criticarse duramente por tres razones: “La primera de tales quejas es que los científicos sociales, en su gran mayoría, no se plantean las preguntas adecuadas. La segunda es que la ciencias sociales nos ofrecen una mera descripción y no una explicación auténtica. Y la tercera es que, en la ciencia social, no hay leyes teóricas ni teorías deductivas y que, por lo tanto, su parecido con las ciencias físicas es ciertamente lejano”.⁷

Desde luego, y a la luz de la ciencia de hoy, resulta imposible ignorar que en cada paso el trabajo de los investigadores se va a ver afectado por la realidad de ese mundo interno que los hombres poseemos y en donde *no rige el principio de identidad*.

Relación con el cliente

En sus publicaciones de divulgación, en los medios de comunicación y en el trabajo de consultoría especialmente, los profesionales se tienen que mover con la doble intención de hacer un **diagnóstico preciso** y dar **satisfacción a los requerimientos del cliente**. Un comprador de servicios que en ocasiones estará poco avezado en la terminología profesional e ignorante de la ciencia básica que sustenta el trabajo que va a comprar.

La relación constante entre los conceptos utilizados y la metodología que se desempeña hace que el científico contemporáneo a veces incurra en falta de sutileza o de rigidez en sus explicaciones. Por otra parte, cuando las explicaciones funcionan, el investigador que esté en contacto con el cliente, desde luego los que den soporte comercial al departamento técnico, tenderán a la estabilización en los planteamientos. Por su parte, el cliente ya ganado puede que muestre una tendencia constante a exigir, a veces sin darse cuenta, que los *informes finales que les entregan los profesionales le sean legibles y fácilmente entendibles*. Es importante que tenga la impresión de ser ya una parte más del equipo profesional. Si esto se da así, aumentan mucho las probabilidades de que haya encargos posteriores.

En el caso de los escritores, resulta decisiva la audiencia a conseguir y el número de ejemplares a vender, si se trata de un libro.

⁶ . Carl G. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation*, The Free Press of Glencoe, 1970, p. 234.

⁷ Robert R. Brown, *Explanations in Social Science*, Chicago, Aldine, 1963, p. 5.

Precisión conceptual

Con el objetivo de evitar que se cuele la falsedad en sus razones, los investigadores empíricos tienden a someter sus conceptos clave a una revisión muy cuidada. Los términos deben huir por supuesto de los siguientes defectos esenciales:

- (i) **Ambigüedad:** un fenómeno es definido de tal forma que numerosas personas, todas ellas competentes, pueden entenderlo de diferente manera.
- (ii) **Ambivalencia:** Un concepto se halla definido de tal forma que un mismo observador podría encontrar en el fenómeno político en cuestión, que se intenta representar mediante ese concepto, dos contenidos diferentes; teniendo en ambos casos razón. (Por ejemplo: el concepto de sistema de partidos).
- (iii) **Definir conceptos sólo verbalmente (al estilo diccionario):** Partiendo del supuesto de que todos conocemos la lengua, se definen unas palabras con otras palabras en cadenas que suelen acabar en el punto de partida. (Ej.: el término salud política).
- (iv) **Falta de parsimonia:** Cuanto menos sean los elementos calificados de primarios, más precisión se gana. De aquí la utilidad de no definir unas palabras por otras, sino por mediciones concretas de ciertas operaciones. (Ej.: la medición de la temperatura mediante la observación de una columna de mercurio). Estos recursos son llamados indicadores.
- (v) Los conceptos deben ser conductivos a una teoría de fuerte capacidad explicativa.

Preguntas y enigmas en la ciencia

Como hemos visto, ante los primeros planteamientos de un proyecto, el equipo investigador debe tener presente que el primer avance es generar buenas preguntas sobre el funcionamiento del fenómeno que se quiere tratar. El siguiente paso teórico es el de *convertir las preguntas en enigmas*.

La virtud del enigma reside en que es más preciso que un misterio. El misterio admite la existencia de varias soluciones, todas compatibles. El enigma *sólo tiene una solución*, su clave.

Una vez encontrada la *llave o clave* del enigma, éste se disuelve y desaparece. De hecho, en su presentación original en el *Édipo* de Sófocles, el enigma que plantea la Esfinge a los transeúntes que quieren entrar en Tebas también actúa así. Cuando Édipo acierta la solución del enigma, su respuesta actúa como una clave que desmonta la actuación de la Esfinge y produce que ésta se suicide.

La elaboración previa de las preguntas de un investigador es un paso imprescindible para el éxito de un proyecto. Éxito científico, claro está. Las preguntas bien formuladas conducen a la potencia teórica. Ha de adoptar precauciones.

Aptitud conceptual

Los conceptos que intentan representar o describir un fenómeno pueden ser:

- (i) Clasificatorios (o conceptos tipológicos) que nos describen algo diciéndonos a la clase a que pertenece: (Comunes en Biología).
- (ii) Analíticos. Describen el fenómeno expresando las partes de que
- (iii) consta. (Comunes en Química).
- (iv) Universales. Expresan un fenómeno sobre la base de dimensiones continuas en las que todo fenómeno tiene una posición. Los conceptos universales representan, por tanto, realidades encontradas en todas las cosas. (Ej.: en Física, la longitud, temperatura, etcétera).

El tipo de conceptos que utiliza un enfoque teórico nos da idea de su conductividad a una teoría parsimónica. Si un enfoque sólo es capaz de utilizar conceptos clasificatorios, puede asegurarse que su nivel de profundidad teórica será siempre bajo y que nunca podrá lograrse una teoría potente. En los niveles (II) y (III) el grado de conductividad se hace cada vez mayor.

Estrategia en la historia de las ideas: santorales

Un punto básico en la corrección de las tradiciones de la sociedad vigilante es el de lo que podemos llamar su *santorale*. Me refiero a ese conjunto de reflexiones e interpretaciones del pasado de la teoría política que se suele introducir como telón de fondo de nuestra formación. De nuestra preparación como ciudadanos y de nuestra visión de la política.

Este mencionado santorale se suele tejer en torno a una serie de nombres ilustres que se nos ofrecen como condensadores del pensamiento de su época y, en ocasiones, como creadores de las nuevas teorías sobre la vida pública.

En la sociedad vigilante, hoy bien establecida, esto se hace con varias condiciones. Aquí avanzamos dos de ellas:

- (i) La presentación se hace de manera casi unánimemente historicista, es decir exponiendo los textos de manera concatenada y siempre desde los tiempos más antiguos hasta el presente. La narración transcurre siempre guiada por la pluma del narrador que se creará en todo momento en una posición de extrema superioridad en relación a los autores o épocas que narra. El narrador/a se encuentra redactando su obra desde el peldaño más alto de la escalera. Contempla todo y lo cuenta “desde arriba”.
- (ii) La selección de los autores viene recomendada por una línea teórica, a veces metateórica, diseñada a través de varias generaciones. Con frecuencia el diseño de esta

línea se entrega a la academia como algo ya establecido al calor de las grandes fuerzas políticas del momento: se trate de la coalición aquea que arruinará Ilión/Troya, el imperio romano, la iglesia católica o las Internacionales del pensamiento. Esto significa que las líneas consagradas como **santas**, vendrán cargadas de pesadas influencias públicas. Marcas originadas en época de instituciones, incluso en climas económicos y políticos lejanos a los maestros y estudiantes que ahora los intentan entender-para-asimilar.

Es también reseñable que los libros de historia de las ideas, o también otros libros que de forma parcial apuntalan a los anteriores, componen el corpus, lo que hay que saber de un momento y lugar dados. Son publicaciones que llegan a los ciudadanos con *una intención formativa*. Se distribuyen con eficiencia, se recomiendan a mansalva y se citan repetitivamente como textos imprescindibles a los que referirse: son *obras de referencia*. El académico piadoso se apresura a citarlos e incluirlos en las listas de lecturas de sus cursos.

La importancia de estos textos canónicos, aunque sólo recogan opiniones o revisiones, es tan grande que se ubican en el mercado didáctico con una gran estabilidad. Obras que, una vez publicadas y consensuadas, se mantienen con numerosas ediciones y durante muchas décadas. Se da el caso de que en ocasiones ya han quedado desfasadas o anticuadas, pero a pesar de todo siguen estando en primer término.

La inercia de estos manuales y de las enseñanzas que los soportan es tan grande que se da el caso de que, aun cuando aparezcan en el mercado otras obras alternativas de más valor y utilidad didáctica, no logran desplazarlos. Es el caso por ejemplo de *History of Political Theory* (1937) de George H. Sabine ante, por citar sólo un ejemplo de los varios posibles, *Politics and Visión. Continuity and Innovation in Western Political Thought* (1960) de Sheldon S. Wolin.⁸

El asunto es más serio cuando lo que se mantiene, ahonda y prolonga en el tiempo es una estrategia de pensamiento que ha logrado transformar la sociedad en un sentido específico o, al menos, ha contribuido a ello. Este es precisamente el caso del afianzamiento de la **teoría de la sociedad vigilante** en Europa occidental y su paso indiscriminado a las tres Américas.

La conducta vigilante: sus axiomas

Para el surgimiento de la sociedad vigilante, se hacía necesario colocar en su base y como sustento el valor de una *vigilia perpetua*. Esto quiere decir que el ciudadano debe estar viviendo siempre con *un miedo constante a la agresión*. Su supervivencia y el triunfo de su biografía se asentarán en todo caso en su capacidad para mantenerse en *vigilia 24 horas siete días a la semana*.

⁸ *Politics and Vision, Continuity and Innovation in Western Political Thought*, expanded edition, Princeton University Press, Princeton, N. J., 2004. Esta versión incluye tres capítulos nuevos en 214 páginas inéditas.

La identificación de ciudadano con vigilante incapacita de origen a los niños, en muchos casos a las mujeres, a los ancianos de ambos sexos, a las minorías subalternas o a las personas dependientes, ya que estos son incapaces de mantenerla.

En buena medida la idea de *empoderar a la ciudadanía* hace alusión a la capacitación de estos habitantes como *vigilantes perpetuos*.

Para llevar a cabo esta transformación en occidente se hizo preciso primero agarrarse a la cultura griega ática para después deslindarla de todas sus influencias latinas. En este esfuerzo por desvirtuar la realidad se dan casos que rozan el ridículo, como el llegar a sugerir en pleno romanticismo alemán la posibilidad de que la cultura homérica, centrada en los dos libros emblemáticos de *Odisea* e *Iliada*, fuera un precedente de la cultura aria. El disparate llega a su paroxismo con aquella prohibición de Martin Heidegger (1889-1976) a su discípulo milanés Ernesto Grassi (1902-1991), desanimándole a iniciar una tesis en metafísica porque tal empeño solo era realizable en griego o en alemán. Veamos por tanto algunas sugerencias de lugares perdidos que un buen estudiante de ciencias sociales, por supuesto de Administración Pública, debería subsanar con cuidado.

Identificación con un pensamiento griego tergiversado.

En el estudio de las escuelas griegas, se ignoran ciertos puntos de manera no justificada. Por ejemplo

- (i) Preponderancia de la acrópolis. Se tiene en cuenta una línea de pensamiento que solo admite a consideración a los pensadores de la parte alta de la urbe. Todos ellos varones pertenecientes a la clase alta y educados en la ciudad.
- (ii) Se descalifica el pensamiento trágico. Esta es la descalificación de los poetas que hace Platón y en la que se anclan la mayoría de los filósofos y pensadores políticos de occidente. De un golpe se ignoran las corrientes de pensamiento surgidas en los espectáculos de los teatros, ámbitos a los que tenía acceso una sociedad más amplia, incluyendo en ocasiones a mujeres, esclavos, sirvientes, autoridades, forasteros, niños y hasta mascotas.
- (iii) Se oculta que las escuelas griegas mantuvieron su actividad hasta el reinado de Justiniano I El Grande (482-565). Maestros de renombre como Temistius (317-388) quedan así inéditos.

Sin que olvidemos la exclusión caprichosa de figuras clave como Pitágoras, creador del vocablo filosofía. En el caso de este maestro, resulta muy llamativo que se le apliquen las mismas críticas que a otros más respetables para el canon, pero con una intensidad muy distinta y con otros matices. Por ejemplo se le acusa a él y a sus seguidores, los pitagóricos, de haber incurrido en excesos místicos y en impregnaciones religiosas y sectarias. Pero nadie recuerda que la famosa escuela de Aristóteles es fundada por él mismo el año 336 (a. E. C.) con un nombre intensamente

religioso: el Liceo que invoca la protección o al menos cobertura de un dios local: Apolo Licio.⁹

Platón *el Ateniense*, como gran figura de Atenas, aclara que el pensamiento y la voz oficiales de la ciudad no pueden estar representados en público por lo que exprese sin control la gente que no pertenece a la Acrópolis, aprovechándose del foro del teatro:

No creáis, por cierto, que nosotros os dejaremos levantar alguna vez, tan fácilmente, escenarios en la plaza (el ágora) y presentar las actuaciones de actores de bella voz, que hablen más fuerte que nosotros, ni que os encargaremos dirigiros a los niños, las mujeres y a todo el populacho, diciendo de las mismas costumbres e instituciones cosas que no son las mismas que las que decimos nosotros, sino, por lo general, contrarias en su mayor parte. Pero es que estaríamos completamente locos, no solo nosotros sino también cualquier ciudad que os permitiera hacer lo que estamos diciendo ahora, antes de que su magistratura juzgara si lo que habéis compuesto se puede decir y es apto para ser dicho.¹⁰

Cambios en la conducta de los ciudadanos

La acción pública que contemplamos en la ciudad y afecta a nuestras vidas está compuesta por la conducta de los individuos. La conducción (de *duco*, en latín trasladar, llevar de un lado a otro) es siempre un problema de la política. En este caso se trata de cómo se conducen los deseos y las trayectorias de los ciudadanos de un país en relación con los asuntos públicos.

La *dirección* y el *sentido* de los vectores que representan la conducta de los ciudadanos son esenciales para gobernar. Pero también lo es para un vector su *punto de aplicación*. Los gobernantes se enfrentan a este problema matemático que consiste en integrar todos esos vectores en una política de ese lugar que no sea lesiva para la vida de sus habitantes.

El estudio de un tema relacionado con la conducta de los ciudadanos, por ejemplo la corrupción política, se hace siempre pretendiendo entender el movimiento generado por intereses (*inter homines esse*) de esos habitantes dentro de un territorio. En el campo científico se ha dado el paso de afrontar este estudio de manera distinta a cómo se había hecho tradicionalmente en el campo religioso e incluso ideológico.

El concepto de ciudadano, en nuestra sociedad vigilante, surge de la observación de la trayectoria que estos ciudadanos dejan en las calles, avenidas y salones de la ciudad. Sus idas y venidas están sujetas al estudio de la cinemática/dinámica, en donde las dimensiones de la experiencia son el tiempo y el espacio. Las variables de la velocidad y

⁹ Apolo Licio es un epíteto del dios Apolo, símbolo de la luz y la claridad, entre otras cosas. Un dios algo asiático, hermano de Artemisa.

¹⁰ Platón, *Las Leyes*, intro., trad. y notas de José Manuel Pabón y Manuel Fernández-Galiano, Alianza, Madrid, 2002, 817c-d, p. 388.

la aceleración de ellos y de los mecanismos institucionales son sustanciales a la hora de contemplar y pensar sobre esas trayectorias y sus motivos.

Sobre esta comprensión del ciudadano en la ciudad han caído expresiones como conducta, ética pública, progreso, transgresión, retraso, aceleración histórica. Todos ellos comprensibles y aceptables en sí mismos. Pero hay que señalar que los ciudadanos resumidos en estos registros no dejan de ser muñequitos contruidos un tanto arbitrariamente. Son sólo elementos de un modelo, aceptable siempre que no se confunda el modelo heurístico con la realidad.

Vigilancia y letargia en la vida pública

El primer problema que se encuentra el estudioso ante la conducta ciudadana radica en definir quiénes son los responsables de esas conductas.

Para contestar a esta inquietud el científico ha de aclarar primero quien es el agente, el ejecutor de esa conducta. El asunto va a quedar emborronado si pretendemos encontrar en cada uno de nosotros un gobierno como el de una ciudad. Esta idea presente en las *poleis* griegas no es viable en una ciudad plena que incluya a toda la población. Para comenzar el poder ejecutivo, si se quiere la capacidad de agencia de una persona, no se ejerce con madurez en la infancia ni en el caso de numerosos ciudadanos que carezcan de libertad de acción como las minorías esclavizadas o las personas severamente dependientes.

Pero, además, el problema se agrava cuando se percibe que el yo maduro –incluso en el caso de un ciudadano libre y adulto– no tiene el control de toda su capacidad de acción, **no es dueño de su identidad**:

El yo se siente a disgusto, pues tropieza con limitaciones de su poder dentro de su propia casa, dentro del alma misma. Surgen de pronto pensamientos, de los que no se sabe de dónde vienen, sin que tampoco sea posible rechazarlos. Tales huéspedes indeseables parecen ser incluso más poderosos que los sometidos al yo; resisten a todos los medios coercitivos de la voluntad (...) o surgen impulsos, que son como los de un extraño, de suerte que el yo los niega. Pero no obstante ha de temerlos y tomar medidas precautorias contra ello. El yo se dice que aquello es una enfermedad, una invasión extranjera, e intensifica su vigilancia; pero no puede comprender por qué se siente tan singularmente paralizado.¹¹

Los estudios sobre este punto que se han llevado a cabo en los últimos cincuenta años nos han permitido ahora ampliar el interés por la conducta humana *a las 24 horas de nuestra vida*. Eso nos ha obligado a comprender y reconocer que en la vida diaria de una persona hay *horas de vigilia* en que nuestra conciencia tiene capacidad de mando y

¹¹ Sigmund Freud, “Una dificultad del psicoanálisis” (1917), en *Obras Completas*, trad. de Luis López Ballesteros y de Torres, Biblioteca Nueva, Madrid, 1975, pág. 2435.

control sobre nuestra vida y *otras de letargia* en las que el individuo no puede mantener ese control directo y eficaz sobre sus acciones y las consecuencias de éstas.

Así, pues, durante las 24 horas del día de un ciudadano, la persona pasa por horas de vigilia y otras de *letargia*. El concepto de *letargia* no debe identificarse únicamente con tiempo de sueño, sopor o somnolencia. Letargia es esa parte de la vida del individuo en que el poder ejecutivo del ciudadano no tiene el control completo de su conducta¹²; como no lo tiene el alcalde de su ciudad.

En este sentido, es admirable la intuición de algunos grandes creadores al mencionar este concepto: "The lethargy of nescient matter, the apathy of the stars".¹³

Esta falla en la consciencia del individuo nos abre la puerta a que nos preocupemos también ahora de los **desgobiernos de los individuos**, avance muy importante porque entre esos desgobiernos se encuentran algunos de los grandes temas centrales de la política contemporánea: la corrupción, el terrorismo, las crisis económicas o la inseguridad ciudadana.

El mundo interno y la política

Como hemos anticipado, la aparición de este tiempo de letargia, si se quiere la ampliación de nuestro interés a todo el tiempo de la vida del individuo, hace que nos tengamos que enfrentar al problema crucial de las *fallas del control de la consciencia*. Todos esos tiempos de nuestros días en que la consciencia no tiene la responsabilidad de nuestros actos o conducta.

Es fácil revisar cómo en nuestra cultura los encargados eclesiales separan con claridad los años en que no tenemos el gobierno de nuestra conducta. Para la iglesia católica se hace evidente tal coyuntura en la edad de la primera comunión, momento donde, para ella, se alcanza la edad de saber y gobierno.

En cuanto al estudio del gobierno de los individuos creo que sí se puede aceptar ya que se encuentra sometido a los tres poderes tradicionales: ejecutivo, legislativo y el judicial *in foro interno*. Según Hannah Arendt (1906-75), dichos poderes están asentados en el interior del hombre en (i) la memoria y la voluntad, (ii) el pensamiento y (iii) la capacidad inexcusable de juzgarnos unos a otros.¹⁴

La comprobación exhaustiva de que nuestra conciencia no controla todas las horas de nuestro día ha llevado a estudiar desde diversos puntos de vista y campos de estudio que existe un tiempo de vida en donde no funciona con garantías de control el conocimiento consciente (*das Bewusstsein* y su negación y complementario: *das Unbewusstsein* o no consciente).

¹² El río Letheo del Hades o inframundo griego. Allí bebían las almas de los muertos para olvidar su vida terrestre y así poder ser reencarnados.

¹³ "La letargia de la materia necia, la apatía de las estrellas". James Joyce, *Ulysses* (1922), Penguin, Harmondsworth, Middlesex, England, 1960, p. 655.

¹⁴ Hannah Arendt, *The Life of the Mind*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1971, ver cap. 1. Hay versión española, *La vida del espíritu*, trad. de Ricardo Montoro y Fernando Vallespín, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1984. Otra buena traducción es Hannah Arendt, *La vida del espíritu*, Paidós, Barcelona, 2002. Traducción de Fina Birulés y Carmen Corral.

El dar entrada a ese periodo de nuestra vida, de nuevos tiempos de cada día de los que componen nuestras vidas, traerá consigo una transformación de nuestra conducta. Y de una manera que *no priva de nada*, sino que por el contrario amplía, recompone y trae a colación fragmentos de vida eclipsados o casi se puede decir que **mutilados de nuestras identidades**.

El recuperar esos periodos de nuestra vida, que habían sido tenidos como tiempo salvaje no sujeto a la consideración y registro de nuestra conciencia, trae consigo algo más. Para empezar, esos tiempos de letargia no tienen siempre la misma extensión a lo largo de la vida de las personas. Por ejemplo, los niños pequeños viven un tiempo de letargia muy extenso, de hecho los bebés necesitan ser casi pura letargia para estar sanos. Y, por el contrario, puede haber adultos para los que la letargia se vaya transformando en su mayor parte en vigilia. A este respecto hay que mencionar la lúcida representación que hace de este tema, aunque sea refiriéndose al sueño en las tres edades del hombre, el artista Francisco Salzillo y Alcaraz¹⁵ (1707-1783).

Lo público en el siglo XXI

El hundimiento del *Sturm und Drang* (tormenta e impulso), de la ciencia y la cultura románticas en Alemania, nos ha dejado en el siglo XXI con una opción doble para incorporarnos a la ciudad:

- (i) Una revisión analítica incansable y perpetuamente vigilante en la que no se cesan de desmontar las instituciones y la historia reciente para evitar la sinrazón y la desesperanza. Actitud obsesiva.
- (ii) La creación de nuevas variedades teóricas que, al no abandonar los presupuestos básicos de las anteriores, nos introducen en una obsesión por movernos cada vez más y más rápidamente sin lograr salir de un espacio/tiempo ideológico clausurado. Se trata de vivir en un laberinto. Actitud ansiosa.

El hundimiento de las ideologías románticas en experiencias traumáticas como la *Shoah* producida por la solución final nazi, el hundimiento del muro de Berlín (1989) y el colapso del comunismo soviético sin que nadie lo derribara militarmente fueron el detonante de la desbandada teórica de los estudiosos.

El fracaso de la contracultura de los años 60's y 70's del pasado siglo, que se descompuso sola; o el envejecimiento y agonía del anarquismo, que ya vive en una época que no es la suya; nos han dejado aquel campo ideológico, en donde todo se explicaba absolutamente, un tanto desorientado y huérfano de pensamiento serio o científico.

De las ideologías nos queda solo el liberalismo, con su mérito de haber abierto el paso a una interesante socialdemocracia. Pero este liberalismo también ha desarrollado

¹⁵ Francisco Salzillo y Alcaraz (1707-1783), *La oración en el huerto*, Museo Salzillo, Murcia.

en su interior lo que podemos llamar el cáncer de la “solución final”. Algunos de sus pensadores, protegidos por el entorno académico de los Estados Unidos, han llegado a cantar la victoria final de la ciencia liberal de lo público y, con ello, haciendo un giro curioso, el fin de la historia. Una historia que, en esto todos los vigilantes coinciden, está movida permanente e incesantemente por el conflicto, léase la guerra civil.

El equívoco de la posmodernidad y su secularización

Recientemente se han dado debates amplios sobre si se había culminado la gesta de la modernidad, valorada siempre en tonos épicos. En vez de digerir honestamente el fracaso de haber sufrido un siglo XX tan mortífero, la academia se premió a sí misma con una superación de lo moderno: ahora íbamos a vivir en *lo posmoderno*. Con este término tan genuinamente hegeliano (*die Aufhebung*), se quería congratular a sí misma como la estudiante que llega a fin de curso con sobresaliente y honores. Se daba por superado un período histórico siniestro, la modernidad, y al que desde las ciencias sociales se le había jaleado y embravecido.

Pero esto no ha aguantado mucho. El genocidio que trajo el siglo XX y la incursión en el horror nuclear (lo que Hannah Arendt llamó la entrada en el mundo moderno) no permiten que se despache fácilmente toda esa locura descontrolada con un mero salto histórico, vigilante como siempre, eso sí, hacia delante.

Cuando se hacen estos juegos de manos entre académicos y periodistas, se incurre en muchas amnesias o amnistías, términos ambos de la misma raíz.

El gesto de calificar lo que ha ocurrido, y que ha sido catastrófico en el siglo XX, como una culminación o superación es inaceptable. O, si se quiere ser preciso, una ocultación.

Nuestros estudiantes deben saber que todo ese montaje no es más que una huída para *evitar reconocer* el intento mortífero –y *omnipotente*– de las *soluciones finales* en la acción pública emancipadora.

Un ataque colectivo de omnipotencia que, digamos de paso, se desata como un vendaval después de siglos de irse engendrando sin que los sabios o líderes que se daban cuenta de lo que se estaba produciendo pudieran aportar el bálsamo para las heridas de los ojos, que diría el rétor Marco Fabio Quintiliano (35 d. E. C.-100), para que entender lo que pasaba.

Para empezar, la definición de la vida como una guerra incesante y perpetua, es una creencia de amplias consecuencias. Porque la guerra indiscriminada, el *state of war* de Hobbes, se cumple sobre todo en el caso de la guerra con odio mortal hacia tus próximos en el campo personal o interestatal: la guerra civil.

Ya el propio concepto de guerra civil trastoca el ingenio por ser verdaderamente una *contradictio in terminis*. Solo se comprende cuando entendemos que algunos pensadores nos están amplificando la sombra de la guerra que pueda haber en todos los cuerpos sociales y llevándola como algo genético de la humanidad a la totalidad de la unidad política.

La piedad del ingeniero

Hoy tenemos en nuestros estados la confianza de que la vida pública se ha desembarazado de los velos religiosos y de sus sortilegios. En línea con Martín Lutero (1483-1546) y su slogan *cujus regius, eius religio* (la religión es asunto que compete al que gobierna), pensamos que se ha civilizado ya la religión; un ámbito religioso con acceso a partes inconscientes de los ciudadanos y altamente influyente en sus conductas. Este espacio psíquico, del que se le despoja a la iglesia de un plumazo, pasa a estar ahora en las manos del regidor público elegido.

El problema se agudiza al preguntarnos a dónde han ido a parar los componentes de esa trama religiosa, tal y como se han venido utilizando para influir en la vida pública. Pues bien, de hacerlo nos aparecerá otro elemento inquietante y que puede ser de gran valía, como herramienta intelectual, para nuestros alumnos: nos referimos a la *eusébeia*, la piedad.

La vida religiosa influye poderosamente en nuestros ciudadanos y sus conductas. Y lo hace, como ya hemos visto, con un santoral elaborado cuidadosamente a través de periodos históricos prolongados. En el caso de la sociedad vigilante, lo ha hecho por lo menos desde el siglo XIII hasta nuestros días. Esto implica ceremonias colectivas de asistencia a la convocación religiosa y la reverencia a imágenes, lugares y personas. El mundo vigilante se confunde al identificar la iconoclastia con el desmontaje real de los dioses, con la muerte de dios.

La piedad es un elemento religioso con el que se gobierna la vida de los ciudadanos con el mismo control rígido y eficaz con el que lo hacían las iglesias medievales. Por eso, el estudio de este factor habría que afinarlo.

Para recuperar este lugar perdido, puede ser de ayuda para nuestros alumnos usar a un autor del mundo mediterráneo que planta cara a esta perturbación gigantesca que se da en el mundo occidental. Nos referimos a Publio Virgilio Marón (70 a.e.c.-19 d.e.c.).

En su obra central, *Eneida*,¹⁶ este gran maestro no duda en caracterizar a su héroe desde el principio como *pious Aeneas*.

Eneas no es un creador de ciudades, no es un jefe supremo en la defensa de Troya. Él pertenece a una segunda línea, es un segundón, de la ciudad que ha ayudado a montar la defensa contra la invasión de una coalición griega que quiere anularles; quitarles el derecho a existir. Ahora Eneas quiere devolverle a su ciudad la grandeza, pero abandonando el escenario aniquilado.

Eneas opta por marchar a occidente. Y, en esta elección, no parece estar lejos su reflexión sobre la guerra que acaba de dejar atrás, a la que ve como una confrontación frontal entre Europa y Asia. De hecho, él encamina su ruta hacia un tercer continente: África.

¹⁶ Es muy recomendable la excelente traducción de Rubén Bonifaz Nuño: Virgilio, *Eneida*, UNAM, México, 2008.

La partida de Eneas es pues una salida con un significado más amplio que la mera supervivencia. Él se va con los otros dardanos (troyanos) con un encargo: fundar una nueva Troya.

El mandato proviene de las autoridades superiores, lo que en el lenguaje aplanador y chabacano de la modernidad será *la superioridad*. Y es por tanto un acto profundamente piadoso. Eneas será caracterizado durante toda la narración como piadoso. Eneas nos dejará ver que es un nuevo tipo de héroe. Un hombre extremada y rígidamente piadoso. Un héroe que obtiene la fuerza de su *conexión no deteriorada con los dioses*, especialmente con *Zeus pater divum* y con las diosas.

La piedad no es sencilla, ya que se trata de un asunto en el que el interesado ha de moverse en un mar en el que los dioses pueden ser tan favorables como desfavorables a su proyecto. La grandeza de *pious Aeneas* estará en *conectar con los dioses más poderosos* para así controlar las embestidas y añagazas de los dioses y diosas contrarios. Figuras también muy poderosas que se esfuerzan con ahínco por impedir que realice su viaje y llegue a fundar la nueva Troya en territorios del Lazio italiano.

Aunque lo pueda parecer, el arte de Eneas no es el de diseñar. Él ha de demostrar inteligencia, criterio, constancia y lealtad. Sin embargo su talento deja fuera la creatividad, la *inventio* de generar su propio trazo. El proyecto ya está trazado y él ha de limitarse a llevarlo a cabo, a buscar los medios, coaliciones y favores que lo hagan posible. Su trabajo es de desarrollo y ejecución de un proyecto que le es anunciado por los hados y proviene de los *supernos*.

Ahora bien, el éxito del piadoso Eneas ¿por dónde llega?

En primer lugar él acierta en *adherirse a los favores del más poderoso*. Su orientación hacia el poder es aquí decisiva en el sentido de que sabe percibir con quien ha de identificarse y a quien ha de rendir su obediencia.

En segundo lugar, es un héroe *constante en su lealtad*, nada le separa de su *docilidad a los dioses* que le mandan. Es un bien mandado y con una lealtad inquebrantable. Eneas se mantiene firme en sus convicciones, que le vienen definidas por un proyecto designado por sus mentores; en el fondo, por el más grande, Zeus, y por la propia madre de Eneas que es la diosa Venus.

Su éxito depende de una correcta ejecución de esos designios que después vendrán a ser llamados *proyectos*. Eneas es cuidadoso en organizar los medios para llevar a cabo su viaje sin obstáculos insalvables y con la ruta preestablecida.

Por eso, cuando surgen grandes obstáculos a su viaje, vemos cómo es capaz de abandonar todo lo que haga falta, sea a su esposa Creusa, a sus colaboradores más torpes o a su enamorada y amante Dido, en aras de lograr aquello que ya está designado por los *supernos*: la fundación de una nueva Troya.

No es extraño que, cuando ya se ha llevado a cabo este viaje y se tocan los territorios en los que la ciudad se va a montar, aparezca de nuevo el espíritu público de la *Iliada*, la *guerra como norma de existencia*, la visión de los cuerpos de manera anatómica y casi autopsica, y se explaye la narración en términos muy cercanos a los homéricos.

Después de tan gran viaje hacia la vida marina, hacia la supervivencia, el héroe piadoso Eneas nos lleva a lo mismo: a la apoteosis de la guerra como esencia de la vida. Nos avisa de lo estéril de tanta piedad. Un punto a meditar para nuestros estudiantes.

Arbitraje y buen juicio

Vivir en un recinto: el Estado-nación

Uno de las realidades básicas para empezar a pensar o a trabajar en lo público es el tomar conciencia de que vivimos en un Estado-nación.

La aparición del Estado es difícil de datar. Para nosotros el Estado, como la *Universitas Studiorum*, digamos que son dos franquicias de la Europa occidental.

Uno de los elementos más importantes para nuestra reflexión es el *territorio*.¹⁷

La aparición de una línea territorial como demarcación trae consigo la partición del espacio público en dos porciones: un adentro y un afuera. Y, con ello, la idea de recinto.

El espacio público como recinto es una idea de alcance transformador. Porque, en referencia a la ley, nos encontraremos con que su validez queda sujeta al *principio de territorialidad*. En otras palabras que una ley tendrá validez en el territorio en el que ha sido promulgada y publicada.

Pero, ¿y qué ocurre con la ley fuera de ese territorio? Pues sencillamente que no tendrá validez. Es más, fuera de su territorio no podrá ni siquiera tener pretensiones; no ya de validez, que no la tiene, sino de ningún otro tipo.

La ingeniosidad de vincular la existencia misma de una ley y su validez a un territorio hace de hecho que esa ley pase a ser prácticamente **un reglamento**. Un conjunto de reglas articuladas entre sí y dotadas de una fuerza imparable en el interior del recinto.

Si seguimos esta línea de pensamiento, aparecerá de inmediato la cuestión de la aplicación de esa ley y, por tanto, la aparición del árbitro: “ARBITRATOR”¹⁸ (sic), por usar la palabra exacta de uno de los creadores de esta visión de lo público, el calvinista Thomas Hobbes.

Si se ejecuta la ley como un arbitraje, tendremos que aceptar que la figura del juez queda automáticamente afectada. Y que en la práctica judicial estaremos más bien hablando de *laudos arbitrales*. En este punto no debemos olvidar que los laudos arbitrales no son recurribles, mientras que las sentencias sí lo son.

Otra gran consecuencia de esta transformación del buen juez en árbitro es la **desaparición de la letargia** en la función judicial. Un juicio nunca debe ser llevado a cabo de forma vigilante, de ahí la importancia de la alternancia de días y noches. De la aparición de períodos de letargia para que se involucren no solo el yo de los intervinientes, sino todo su *self* o identidad completa.

¹⁷ Björn Hammar, “Ciudadanos entre estado e imperio”, *Desafíos*, vol 27, num. 2 (2015) (“El mundo interno y la política”): p. 158ss.

¹⁸ Thomas Hobbes, *Leviathan*, ed. 1651, reprinted, Clarendon Press, Oxford, 1909, part. I, ch. 15, p. 120.

Dados estos cambios, la función e importancia esencial de los elementos necesarios de un juicio quedan en entredicho. Los testigos, la necesidad de un fiscal y una parte defensora, la figura del alguacil que garantiza que no habrá armas en la sala de juicio oral y el público quedarán en duda o inservibles.

Un árbitro da sus laudos de manera inmediata, en algunos casos se podría decir que urgente, mientras que el juez necesita un *due process* y larga meditación letárgica. Un buen juicio no se puede hacer de forma ansiosa y en un solo día, sino con la alternancia de días y noches. Sólo se contemplan las excepciones de los juicios sumarísimos de los militares en caso de guerra, de los que usualmente se comenta salen sentencias con ejecuciones al amanecer; como si quisiera expresarse así de alguna manera que no es compatible la resolución militar belicosa con la hondura apaciguadora del buen juicio. El buen juez democrático no sólo debe pacificar, sino apaciguar. Término que en la tradición sefardí de Maimónides conjugaba *emet* (verdad) con *shalom* (paz).

Veamos las consecuencias cívicas de esta alteración genética en la vida pública.

Abandono del buen juicio

El abandono del buen juicio no es un incidente solamente. Para llevarlo a cabo ha habido que reacondicionar por completo el mundo interno de los ciudadanos.

Cuando uno de nosotros se enfrenta a una persona o situación que debemos juzgar de inmediato, se nos planteará el cómo vamos a llevarlo a cabo. La opción es doble:

- a) una salida con una decisión de un laudo arbitral, ejercitado por esa instancia interior que llamamos conciencia individual, y que viene a ser ese yo hipertrofiado al que aluden tanto los románticos. Es evidente que el laudo implica un canto a la autonomía de la voluntad; o
- b) mediante un proceso o juicio con todos los requisitos que requiere un buen juicio democrático, a saber: que sea en público, con tiempo para prepararse ambas partes, con asesoramiento del acusado, con un juez imparcial y bien preparado y, en su caso, hasta con un jurado popular. El juicio debe llevarse a cabo con letargia, es decir sin el arrebatamiento de los juicios sumarísimos de los militares en campaña, ni de los expedientes administrativos con urgencia.

Si queremos ejercer en nuestras vidas ese buen juicio, nos vamos a ver obligados a **preparar los componentes que tal buen juicio requiere**. También habrá que saber cómo los podemos obtener y si podemos asegurar que se van a poner a trabajar con el ritmo y cuidado debidos.

Desde luego, ello ha de hacerse en este caso con ingredientes públicos, pero a su vez se ha de hacer *dentro de nosotros*, es decir en esos *espacios públicos internos*¹⁹ que cada uno atesora con más a o menos cuidado y atención.

El siguiente paso sobre el que, en esta línea, debemos cuestionarnos es si estamos en condiciones de aceptar llevar a cabo esos juicios internos de manera acorde con la democracia. Debemos preguntarnos si nuestro *self* vive y actúa libre y democráticamente. *Si en nuestra vida cotidiana ejercemos una identidad democrática.*

Seguro que sí, pero ello requerirá un esfuerzo continuo y además una educación e incluso un ambiente social que lo posibiliten. Porque no se trata de lograr que solamente estén preparados para ejercer el buen juicio unos cuantos elementos sociales privilegiados por su talento y conciencia cívica, sino en general **toda la población**.

En este asunto, los buenos ejemplos al respecto por parte de autoridades y figuras relevantes de la ciudad, deberían ser agentes importantes en *el cuidado de estas capacidades democráticas de los ciudadanos*. Ahora bien, tal preparación no se improvisa.

Un elemento esencial y previo en todo tipo de procesos judiciales debe ser la buena disposición hacia ese componente letárgico que debe tener todo juicio.

No puede aceptarse la eficiencia vigilante, supuestamente a favor de lo correcto y la diligencia, si con ella se ponen en marcha disparan de la riqueza de ingredientes democráticos que portamos dentro.

Suplantación de la ciudadanía en la teoría de la decisión

En la democracia contemporánea se ha generalizado esa metonimia de *suplantar la identidad del ciudadano por sólo una parte de ella*, la *parte ejecutiva* que incorpora memoria y voluntad. El predominio del ejecutivo *in foro interno* conduce inevitablemente a una inclinación de la vida cotidiana hacia procedimientos dictatoriales, frecuentemente despóticos.

Cuando una persona se enfrenta en su trabajo a un proceso de selección de personal, a la corrección de un examen, a la compra de una propiedad importante o a la valoración de una amistad, probablemente se encuentre con este dilema esencial.

La evolución ideológica que ha llegado a esto, no ha sido otra que la **didáctica vigilante**, armada en torno al equívoco concepto de la dialéctica. El desenlace de todo ello será el concepto de *libero arbitrio*: el **libre albedrío**.

Agustín de Hipona (354-430) es el autorizado pensador que lleva a cabo esa transformación que vincula el acto de entender, la inteligencia, con la voluntad de creer. No se trata de creer lo que se entienda sino de *creer con fe* para que se pueda desplegar la capacidad de inteligir. *Crede ut intelligas* (“cree para entender”)²⁰ será su

¹⁹ Silvina Vázquez, *Micropolítica de los espacios públicos interiores*, WP n° 290, Institut de Ciències Polítiques y Socials, Barcelona, 2010, págs. 7 ss. Javier Roiz, *El experimento moderno*, Ed. Trotta, Madrid, 1992, cap. 2°.

²⁰ Agustín se basa en Isaías 7 9, hablando como intérprete de Dios: “Si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis”. Traducción de Casiodoro Reina y Cipriano de Valera.

lema. **Hablando en imperativo**, así hablan hoyde continuo los ciudadanos vigilantes, para afianzar la superioridad del ejecutivo en la ciudad.

El resultado será una línea de trabajo que se afianzará cada vez más con otros padres de la iglesia cristiana y que será refrendada en la encrucijada de la Reforma cristiana en el siglo XVI. El asunto queda sellado definitivamente con la polémica doctrinal entre Erasmo de Rotterdam (1566-1636) y Martín Lutero. Los dos polemizan en tono muy duro y agrio pero jamás **ninguno de los dos ponen reparos al imperio de la voluntad**, ni al arbitrio.

La aparición estelar del arbitraje abre ya paso a la jugada decisiva en la modernidad de consolidar la negación de la existencia de la noche, del mundo interno que solamente se preservará en la tradición judía. El resultado último será la **suplantación del juicio por el arbitraje**. Como consecuencia las figuras de autoridad, docencia, paternidad y las autoridades de todo tipo serán alteradas.

Una de las transformaciones más relevantes será la confusión entre la figura del buen juez, tan importante en la cultura judía sefardí, y el fiscal. Hoy es ya general el error de llamar juez a los árbitros deportivos. Muy pocos jóvenes de los que proclaman obrar a su **libre albedrío** se percatan de que están apostando por el arbitraje frente al buen juicio. Los procedimientos de decisión se harán casi inmediatos y **la letargia se convertirá en una realidad psíquica casi ridícula**.

Otra vez la autonomía de la voluntad, su predominio, que cala en todos los estratos y actitudes de la ciencia vigilante.

Teniendo en cuenta que estos procedimientos son de la vida diaria y que se dan en cada ciudadano, nos vamos a encontrar con **mecanismos públicos de alcance excepcional**. Cambiarlos va a requerir de aportaciones especiales. El cambio de política pedirá:

Información. Para ejercitarse como un buen juez, los ciudadanos requerimos de (a) acceso a la información pertinente, (b) del consejo de otras personas con mayor aviso profesional que nosotros y (c) de un cierto tiempo mínimo para buscar esa información. Hacen falta conocimientos.

Se necesita tiempo. Es importante que el juicio que la vida nos exige pueda tomarse algún tiempo, con días y noches, para que se lleve a cabo con esa *letargia* antes aludida como imprescindible para un buen juicio.

Testigos. Nos harán falta testigos. ¿Y cómo los conseguiremos? Seguramente buscando casos parecidos, comprobando la información aportada por las personas mediante consultas con los emisores de esos informes. Habrá que interesarse por el tipo de objeto sobre el que hemos de decidir: sean las condiciones del puesto que se oferta, la exactitud de lo demandado, los precios de mercado o la valía comparada de los elementos que se presentan.

Sin violencia. El proceso debe llevarse a cabo sólo con el uso de la palabra. Es decir, sin armas. Esto *in foro interno* podríamos interpretarlo como ausencia de presiones violentas a favor de uno u otro candidato. No puede haber intereses corruptos ajenos a la verdadera valía de los postulantes u otras coerciones que puedan perturbar el

proceso. Alterarlo de ese modo casi sería parangonable a sacar una pistola o un cuchillo en la sala de audiencias.

Escenario público. Un juicio requiere de contingencia con sesión pública abierta a la ciudadanía.

Los técnicos profesionales

El salir a la sociedad para aplicar los conocimientos es un trabajo de compartir. Compartimos con la sociedad en general el fruto de lo que sabemos. Ahora bien, habrá que hacerlo con la humildad del experto que se limita a aplicar lo que han descubierto otros, que son los innovadores, los verdaderos descubridores científicos.

En realidad se podría argumentar que los técnicos y los expertos son también originales y creadores. Pero este argumento adolece de una blandura: los expertos en consultoría, los ingenieros, no pueden estar dedicándose todo su tiempo a hacer las pesquisas científicas ni a cultivar la ensoñación de los creadores.

Por otra parte, se puede decir que ellos están constantemente sometiendo a prueba la validez de los conocimientos que se suponen son aptos. Siempre tienen en la mano el fluido de los trabajos en los que la prueba y el error les hacen estar en contacto con esa supuesta verdad que encierran las teorías más potentes o admiradas.

El contacto con las necesidades de los clientes hace que los expertos se vean a sí mismos, y no les falta razón, como verdaderos inventores o personas muy cercanos a la creación en la práctica. Esta situación siempre generará *una tensión un tanto esquizoide* en donde no faltaran la frustración y la tristeza de no poder a veces desarrollar su talento especulativo.

Además no se puede olvidar que estos estudiosos y técnicos se mueven en organizaciones de corte empresarial y siempre en un contacto muy estrecho con la cuenta de resultados, es decir con el departamento comercial y las ventas de la empresa. Variable ésta siempre algo cargada de angustia, lo que se hace patente en su contabilidad, que va no ya por años, sino por trimestres (Q's).

Un punto que a veces no se toca es que los técnicos de políticas o proyectos con frecuencia tienen que dedicar parte importante de su tiempo a **dar soporte de ventas a los comerciales**, eso si no son ellos mismos los técnicos comerciales de la empresa.

Muchos intelectuales románticos abominan de todo lo que signifique comercio, ventas, facturación y cobros. Pero realmente hay muy pocas cosas en una organización, que busque financiación en el mercado, que importen más en una empresa de ingeniería que el *lograr ventas, hacer seguimiento de las mismas, facturar (invoice, palabra venerada) y cobrar*. Queda después la supeditación de los mantenimientos (por los que también se factura) y la innovación tecnológica (I+D+i).

Vivir en medio de esta realidad de creaciones de otros, de conjugación de practicidad con inventiva en la aplicación, hace de estos técnicos unos personajes

intermediarios muy frágiles en su capacidad científica ante la situación en que se ven comprometidos.

Habitar en una situación constantemente desgarradora hace que estos profesionales que, además de trabajar en estas circunstancias tienen que vivir, queden en una posición muy vulnerable. Esto hará que, en la mayoría de los casos, la vida irá llevándoles hacia la ejecución de proyectos ya rodados y a posibles arreglos de los mismos y les irá apartando de toda teoría o conocimiento abstracto. Irán dejando de lado una actividad que, un tanto amargamente, con los años ellos irán ridiculizando por ser demasiado teórica, ser poco productiva; en una palabra, casi inútil. Y el pensamiento innovador se dañará.

Las pantallas de nuestra vida

*El temps no compta, ni l'espai
Qualsevol nit pot surtir el sol
(El tiempo no cuenta, ni el espacio
Cualquier noche, puede salir el sol)
Jaume Sisa, 1975*

Aunque muchos autores han ido encontrando que existe un *mundo interno* en donde se anclan nuestras capacidades intelectuales y morales, es Sigmund Freud el teórico político que afianza y define que el *yo no es dueño de su propia casa*.

Esta afirmación, extraída de una vida de estudio y trabajo clínico, viene a plantar cara a la subjetividad romántica, tan omnipotente.

En buena manera viene a ser toda una confrontación entre la exasperación de la cultura cristiana vigilante, en una de sus más delicadas deformaciones, el romanticismo alemán, y la tradición judía en donde *la noche es una parte esencial de la vida*. Para el judaísmo, sus profetas, creencias y rituales se ofrecen como un frontón muy resistente a esa sociedad que va a ocupar el mundo occidental.

Trabajo de campo y racionalidad con evidencias

Se quiera o no, la ciencia moderna se presenta como un rechazo de los movimientos religiosos e ideológicos. La idea es que no se puede tolerar que las sociedades se manejen con explicaciones globales y misteriosas. Se presenta así como un trabajo honesto que mira más a acercarse a la realidad externa, que quedarse ensimismado en constelaciones ideológicas y religiosas que explican las cosas sin garantías lógicas.

Los nuevos conocimientos, con sus metodologías de análisis y comprobación, son producto de la observación, casi espionaje, de la naturaleza con microscopios o telescopios. Esa interpelación perpetua e incesante que hizo formular a Leo Strauss una crucial exigencia:

El hecho de que lo que podemos llamar el conocimiento microscópico-telescópico sea muy fructífero en ciertas áreas no nos capacita para negar que hay cosas que sólo pueden verse con lo que son si son vistas con el ojo desarmado.²¹

Los descubrimientos constantes sobre la inmensidad del cosmos, el descentramiento de nuestro sistema solar, la incapacidad del *yo poscopernicano*, descentrado y limitado, van produciendo desgarros. Es una de las debilidades del *principium segregationis* –la disociación– en el que se basa la actividad científica del ser humano. Eso nos lleva a una de las características de la teoría política contemporánea: *las tendencias esquizoides de la vida ciudadana*. Y nos conduce a una de las grandes novedades de la ciencia de hoy: en la sociedad vigilante en el siglo **XXI el ciudadano no se mueve simplemente como un superviviente buscando su bienestar o minimizar sus males materiales y conscientes**. Tampoco nuestros ciudadanos son respetuosos de la ley por miedo al castigo de la espada del poder que le mutila, encierra o mata. Franz Kafka (1883-1924) fue el primero en darse cuenta de que el ciudadano en realidad *lo que trata de evitar es la muerte psíquica: la psicosis irreversible*²². De hecho, hoy se arriesga con facilidad la vida e integridad del cuerpo con todo tipo de prácticas inmoladoras o de alto riesgo para la salud, pero *no se tolera nada que pueda hacernos estallar la cabeza* –los quebraderos de cabeza– referidos a las identidades de género, nacionales, de genealogía familiar, de raza o de clase. Parcelas de la vida en las que nuestra consciencia no controla mucho.

Ante los nuevos avances de la psiquiatría, hoy diríamos que la ciencia política va a verse obligada a evitar tanto la destrucción física de las ciudades y el odio letal de las guerras, como el estallido de la mente de las personas: la psicosis.

Proyección en la pantalla nacional

Aunque parezca que no, las ideologías románticas mantienen en su entramado la idea de que la lucha política es un asunto de **buenos contra malos**. La actividad pública nos permite parar la maldad entretejida en los mecanismos sociales de abuso con dominación y reemplazarlos por otros más sanos.

Un postulado central del marxismo ha sido siempre que la política es una herramienta muy poderosa para transformar el mundo. Se piensa que la participación en política viene a ser una responsabilidad de los ciudadanos honestos. Su cooperación en los asuntos de todos puede contribuir a acabar con el mal en la ciudad.

La idea de que, mediante la política, podemos acabar con la maldad es un convencimiento fundamental en las ideas románticas. Y tal es así, que los militantes se lanzan a cruzadas –siempre militares– para llevar a cabo esta gesta moral. Y no escatimarán en medios ni sacrificios para ejecutar sus designios, ya que para ello están dispuestos a arriesgar su bienestar o, incluso, su vida.

²¹ Leo Strauss, *What is Political Philosophy?* (1959), Chicago, The University of Chicago Press, 1988, p. 25.

²² Raquel Pérez Márquez, ""El Proceso" de Kafka desde la retórica"", *Foro Interno* (2007), pp. 114 ss.

Este planteamiento de la política como *compromiso obligado para el buen ciudadano* nos remite en seguida a una cuestión pendiente de lo que podemos llamar la dictadura aristotélica en la teoría occidental. Porque si con nuestra acción pública vamos a cambiar la polis, habrá que pensar que en ese trance *también nos vamos a cambiar a nosotros mismos*. Y ahí las cosas se complican y merecen que nos paremos a pensar.

Es evidente que, cuando alguien se interesa por la cuestión pública, la persona toma siempre partido por alguna opción ideológica y hasta es probable que lo haga lleno de fervor. Solo hay que oír las discusiones sobre política de la gente sencilla, y de la menos sencilla, para darse cuenta de que hablan en ocasiones como si estuvieran discutiendo de fútbol.

Esto nos induce a pensar que, cuando esas personas debaten sobre las cuestiones públicas, en muchos casos con repercusiones electorales, esas personas están hablando del *gobierno de sus vidas*: de sus identidades, su riqueza, su grado de bondad personal, su honradez y su capacidad como hombres y mujeres de entregarse al bien. Luchan por el triunfo de la opción que ellos han elegido. Evidentemente porque es la buena, la de los buenos.

La relación homotética entre nuestra mente y la ciudad implica que yo pueda contemplar lo que ocurre en mi mundo interno *viéndolo proyectado en la pantalla de toda la nación*. Esto es de gran importancia porque el conocimiento que el ser humano puede tener de ese mundo interno, no controlado por la conciencia, se va a topar con un gran impedimento. El problema es que la mente del científico actúa de manera dialéctica, pero el interior del mundo interno no es accesible fácilmente así, ya que en ese ámbito *no rige el principio de identidad*. Se trata de la incapacidad de la ciencia de inspiración aristotélica para captar un mundo donde no rige su lógica:

Las reglas decisivas de la lógica no rigen en el inconsciente, del que cabe afirmar que es el dominio de lo ilógico. Tendencias con fines opuestos subsisten simultánea y conjuntamente en el inconsciente, sin que surja la necesidad de conciliarlas...de acuerdo con ello las contradicciones no son separadas, sino tratadas como si fueran idénticas, de modo que en el sueño manifiesto todo elemento puede representar también su contrario.²³

Recordemos también que la homotecia tiene siempre un **punto fijo** que se queda sin alterar y desde el que se puede observar y profundizar toda la transformación.

Especular en la transparencia: las endoscopias

La primera manera de ver lo que a uno le pasa por la cabeza, cuando algo nos incomoda o atormenta, es la de mirarse en un espejo, el *speculum* del latín. Pero este espejo es quizá el primer fracaso de la ciencia aristotélica, ya que nos miramos en el agua o en un objeto reflectante y nos encontramos con el descubrimiento de la

²³ Sigmund Freud, "Compendio del psicoanálisis", en *Obras Completas*, t. 9, p. 3394.

opacidad. La vista siempre presenta dos incapacidades: la *opacidad* de los cuerpos y la *oscuridad*. Aferrarse a la vista como sentido maestro nos conduce a algunas *limitaciones en el saber*.

Los médicos, al encontrarse con este problema, fabrican utensilios provistos de espejos y lucecitas con los que introducirse en el cuerpo. Las endoscopias intentan encontrar de este modo solución a esa *gran limitación de la opacidad*. Pero esas endoscopias que invaden nuestro cuerpo por orificios que apenas si controlamos, aparatos que manejan otras manos, al llevarlos a la nación se traducirán en personas que espían a sus organizaciones sociales y que las controlarán sin que a veces ellas lo adviertan. Como se vio en el macartismo de Estados Unidos o en los “familiares” de la Inquisición española, recogen todo tipo de rumores y denuncias, haciendo bueno algo peligroso en la política por su autoritarismo. La tentación ideal del denunciismo será siempre la misma: *ver sin que te vean*.

La especulación en la acción pública quizá se enturbie a medida que queramos glorificar el aristotelismo de la vista. Seguramente venga detrás la idea calvinista de mostrar una conducta que se exhibe voluntariamente para que se pueda ver hasta el fondo, pero **resguardando oculta otra opción de comportamiento**. Otra conducta que, al no verse, no existe: *out of sight out of mind*. Podemos asegurar que la *transparencia aristotelista* generará nuevas conductas adaptativas. Toda **una perversión** de lo que se intentaba originalmente.

La segunda perversión consiste en hacer que nos enteremos de todo y con eso *sentirnos realizados* como comisarios. El problema es que, cuando nos sentimos decepcionados o ante la tentación de deprimirnos por la falta de resultados reales, **porque nada cambia**, nos podemos quedar en la autocomplacencia de que *nosotros sí que sabemos*. Aunque eso no cambie nada en el escenario corpóreo de la vida, **nosotros estamos enterados de todo** y eso se notará cuando empecemos a emitir por la boca o por la pluma nuestros diagnósticos. En esta deformación, uno de los síntomas más indicativos es la *hiperdiagnosis*. La emitirán personas muy bien informadas que lo saben todo o casi todo del asunto, pero que se sienten impotentes ante la resistencia de la realidad a cambiar. Intensas melodías sin armonías de valor en la orquesta.

El resultado es que estos expertos estarán cada vez más desasosegados, o ansiosos; y no porque no se arreglen las cosas, sino porque ellos están llegando a sentirse poco a poco intrascendentes.

La *política como juego de espejos, de especulación estéril*, no es tan inocente ni es la perdedora de esta mala historia. Tales procedimientos de las personas para relacionarse con la realidad son un poco enfermizos. La mirada incansable del sujeto va de un lado a otro, siempre bien dirigida por quien la controla, y queriendo llegar a las situaciones para, a la vez que se entera, *controlar todo y no dejar zonas en penumbra*. Creen que a la luz del día, el que se entera, se entera de todo. Puede que deje que los demás también vean, pero lo que no querrá es que *se muevan otros protagonistas con habilidad e iniciativa y se enteren de otras cosas*. En cierto modo el que está a favor de la transparencia lo está también de su publicación para que no quede nada en la

penumbra. Se sabe lo que se sabe y lo sabemos todos, pero sobre todo yo ya sé que **eso es todo lo que hay** y no me darán sorpresas.

El problema es que la transparencia es muy controladora y puede llegar a ser algo totalitaria aunque no lo parezca. En último término le acaba ocurriendo lo que a la presentación de la gesta heroica de *Iliada*, que por eso se expresa un tanto **autópsica**. Los invasores entran en los cuerpos, les derrotan. Las acciones humanas y sus armas se manifiestan sin que haya obstáculo a su imperio omnipotente; entran en todo, lo vencen, incluso lo suelen anular –como hacen los gangsters de la Camorra con los pequeños comerciantes –, como se le hace a Troya, e implanta la grandeza de la gesta al aire libre en el campo de la vida como conocimiento y de la *lógica como luz*.

Inconvenientes de la transparencia

Es muy curioso que en la *Iliada* no se nos narre el modo en que Ilión/Troya es vencida: por la noche, engañada por una carencia de oído, de inteligencia más sutil y realista, encaminada sobre todo a poner a salvo la ciudad. Será el poeta latino Virgilio el que en su cap. 2º de *Eneida* nos cuente la historia, en un texto que debería ser fuente de reflexión para nuestros alumnos; no vaya a ser que algunos, aunque empiecen a estudiar ciencias sociales, estén jubilándose al mismo tiempo como aristotélicos.

Ante las inconveniencias o los malestares de la mente que cada uno sufra en su vida diaria, tendremos siempre a mano una posibilidad de tratar de arreglar nuestros problemas psíquicos anclados en nuestro mundo interno. Para ello será de gran utilidad el uso de la *pantalla de la polis* entendida como aldea, ciudad, nación o el planeta. No extraña que los propios teóricos más serios lo planteen de forma parecida. Es el caso del *Leviatán* de Hobbes con sus análisis concéntricos del **Hombre** (*Man*), la República (*Commonwealth*), la República Cristiana (*Christian Commonwealth*) –en palabras de hoy, la sociedad internacional– y el Reino de la Oscuridad (*Kingdom of Darkness*).

En la cultura popular es importante, y así lo vemos a diario, la utilización de pantallas de proyección de nuestro mundo interno con el fin de conocerlo, hacerlo accesible a nuestra lógica habitual. No es de extrañar que las personas pasen horas delante de esas pantallas como si estuvieran fascinadas por todo lo que ven y que resulta que les atañe mucho. Da igual que se trate de una novela histórica, de un deporte o de una comedia de situación.

Anteriormente a las tecnologías de pantalla, se contaba con las páginas de los libros. Y, más prematuramente, se tenía a los juglares contando cuentos que presentaban por los pueblos con unas imágenes pintadas como viñetas muy sencillas. Ellos se iban refiriendo a los dibujos al cantar sus coplas y a la vez orientaban la mirada de sus clientes con un puntero.

Otros medios de acceder al mundo interno mediante proyecciones se lograban también con los guiñoles o con el teatro, en donde los asistentes veían representar conflictos que les conmovían sus “entrañas” (internamente).

La nueva tecnología ha sabido darse cuenta de que esas pantallas eran imprescindibles para el avance de la vida humana. Con ellas nos conocemos mejor nuestro interior, podemos remover lo que nos interese y calmar lo que sea insoportable. También podemos encontrar el bálsamo para suavizar los trastornos mentales y en general los disgustos del vivir.

El problema con las pantallas de cine o similares es que la capacidad del hombre para manipular esa realidad es muy grande.

Hay que tener en cuenta que, como en ese mundo interno no hay tiempo ni espacio —edades ni territorios—, el acceso a la mente y la posibilidad de actuar sobre esa parte con herramientas proyectivas, se podrá intentar a todas las edades.

Hoy a los adultos les extraña cómo los más pequeños se hacen con el manejo de las cámaras, las pantallas, los videojuegos y otros medios de comunicarse.

Lo que resulta un tanto inquietante es que se les ofrezcan esas pantallas en forma de tabletas, el celular de papá, etc. y se les anime manipularlas libremente.

No quiero decir que a los niños o a otros segmentos de la población se les deba prohibir estas pantallas a rajatabla. Pero sí ser prudentes porque los niños tienen un periodo de tiempo en el que su cerebro no está terminado y se halla en un proceso de transformación muy grande, quizá el mayor de sus vidas. Si, además, no olvidamos que esas experiencias de la primera edad no caducan, el problema adquiere dimensiones de alcance social.

Cuando los niños —y los adultos— no tienen muchos elementos sobre los que proyectar, por vivir aislados, por falta de cultura o por simple desinterés por lo público, actuarán mediante proyecciones improvisadas: sobre algunos amigos, vecinos, sobre lo que se ve en las nubes, la forma del paisaje o con creaciones de la propia fantasía humana.

Ante todo esto, ¿qué podemos aportar aquí?

Democratizar nuestra identidad (el self): tendencias esquizoides

En este documento hemos ya señalado repetidamente la necesidad de incluir en la teoría política ese elemento tan importante que es *la gobernanza de cada uno de nosotros* para poder así abordar la de nuestras ciudades y países con ciertas garantías.

Partiendo de la convicción democrática, hoy se afianza la idea, incluso alguno entre de los más relevantes teóricos de la izquierda y del pensamiento anti-sistema, cercanos a los radicales norteamericanos, de que **no se podrá construir una ciudad plenamente democrática sino se añade a todos los demás cambios el de la democratización del self,²⁴ de las identidades de las personas.** Desde luego resulta difícil pensar en un edificio sólido si no se emplean para su montaje ladrillos igualmente resistentes.

²⁴ Sheldon S. Wolin, *Democracia S. A., La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Katz, Madrid, 2008, p. 400.

En la construcción de nuestras identidades se dan pasos necesarios y universales para defendernos de la *muerte psíquica*, de la locura psicótica. Y ya hemos explicado algo sobre las grandes tensiones, desgarros, que trae consigo un vivir sobre presupuestos esquizoides.

Los individuos construyen su identidad cívica mediante el indispensable *principium segregationis*, lo que implica mecanismos de depuración de lo malo o de su simple evitación. Esto se hace separando, como lo hacemos todos desde muy niños, lo bueno de lo desechable. Y esto significa que, antes de que aún sepamos qué es lo malo o por qué lo es, ya nos estamos aplicando con nuestro pequeño cerebro todavía sin terminar de los tres primeros años a tirar cosas que no nos valen ni son buenas.

Desde ese momento ya estamos orientados para buscar lo bueno, lo de verdad bueno, y evitar lo malo apartándonos de ello o simplemente arrojándolo lejos de nosotros. Esta actividad dinámica tiene raíces muy hondas en nuestra estabilidad psíquica.

El problema, uno de los problemas, será que *con lo malo arrojemos fragmentos buenos*. Eso sin mencionar que nuestra capacidad para detectar y expulsar lo dañino deja de estar madura hasta edades muy posteriores.

¿Qué ocurre entonces con esos fragmentos buenos, esas partes de nosotros que pueden ser de lo poco que tenemos para vivir, crecer y afrontar las vivencias que nos esperan? Los bebés, cuando comienzan a darse cuenta de que salen de ellos excrementos, a veces los contemplan con susto; con el miedo de estar perdiendo algo tan valioso como un trozo de su cuerpo. Pues bien, nosotros también vamos a estar muy preocupados con esa capacidad nuestra *disociativa* que a veces nos puede jugar malas pasadas.

Y lo cierto es que así es. Muy frecuentemente nos daremos cuenta de que nos hemos quedado internamente sin partes buenas de nosotros porque las hemos expulsado sin deber. La consecuencia es la sensación de vacío, de llevar dentro una oquedad. Desde ese momento vamos a entrar en un movimiento de búsqueda de eso que hemos perdido, quizá porque no lo hemos sabido conservar o lo hemos lanzado fuera de nosotros erróneamente o a destiempo.

Comienzan aquí a contar *nuestras necesidades esquizoides*. Desde que nos demos cuenta de que no tenemos todo lo que necesitamos para nuestro desarrollo cívico, ya es posible que empecemos a inquietarnos y a sufrir. El dolor a veces puede ser muy intenso y los movimientos internos que se hagan para contrarrestar ese desgobierno pueden incluir rasgos obsesivos, arranques histéricos, desgarros y soluciones falsas. Ejemplos frecuentes son los emparejamientos esquizoides, acumular insaciablemente, comer con compulsión, el uso de psicotrópicos, *ocupar* los lugares sólo para controlarlos o viajar incesantemente. Es frecuente que se intenten tapar esos agujeros con fragmentos pertenecientes a otras personas, ídolos o idolillos, a las que, por una parte, *admiraremos* (de mirar) casi desmedidamente; y, por otra, *envidiaremos* (*invidere*, meter la mirada dentro). Con mucha frecuencia les intentaremos despojar violentamente de esos objetos que tan dolorosamente –se trata del dolor de una adición– son deseados por nosotros.

Conclusiones

La participación en la política significa para nosotros poder cuidar del estado de nuestras calles, de la bondad del aire que respiramos, de la tranquilidad de nuestros hogares, de la seguridad de nuestros hijos en los transportes, de la paz de nuestros países, de nuestro bienestar material y moral, del valor de la moneda, de la vida de nuestros conciudadanos, de la beneficencia del comercio de nuestra ciudad. Influir en todo ello y mucho más es lo que significa participar en la vida pública.

Pero también hay que tener presente que, para todos los ciudadanos, la política de su país es una *oportunidad constante de regobernar sus vidas individuales*. La proyección de todo aquello que nos complica la gobernanza de cada uno en nuestra vida personal, se verá como si estuviera pintada o filmada en la pantalla pública; y nos dará la impresión de que en ese marco, en esa dimensión, podremos recomponer las graves disfunciones de nuestras vidas personales. Veremos de conseguir paliativos para esos dolores muy incómodos a veces, disfunciones que pueden llegar a causar graves perjuicios al ciudadano.

Se admite esa proyección en *la gran pantalla nacional* porque en la ciudad, en su nación, en el planeta, el individuo moderno ve, como ya aceptaron los revolucionarios ingleses del siglo XVII, al propio hombre ampliado, *man writ large*.²⁵

²⁵ Se trata de una idea ya formulada por Platón en *La República*. Vease Eric Voegelin, "Immortality: Experience and Symbol" (1967), *The Collected Works of Eric Voegelin*, edición de Ellis Sandoz, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1990, vol. 12, p. 66.

Bibliografía

- Arendt, Hannah, *The Life of the Mind*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1971.
- Brown, Robert R., *Explanations in Social Science*, Chicago, Aldine, 1963.
- Freud, Sigmund, “Compendio del psicoanálisis” (1938-1940), en *Obras Completas*, t.9, p. 3394.
- Freud, Sigmund, “Una dificultad del psicoanálisis” (1917), en *Obras Completas*, trad. de Luis López Ballesteros y de Torres, Biblioteca Nueva, Madrid, 1975.
- Hammar, Björn, “Ciudadanos entre estado e imperio”, *Desafíos*, vol 27, num. 2 (2015).
- Harvey, Gabriel, *Rhetor, or a Two-Day Speech on Nature, Art, and Practice in the Study of Rethoric* (Henry Bynneman, London, 1557) trad. de Mark Reynolds, 2001, p. 59.
- Hegel, G. W. F., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza, Madrid, 1980 (1999).
- Hempel, Carl G., *Aspects of Scientific Explanation*, The Free Press of Glencoe, 1970.
- Hobbes, Thomas, *Leviathan*, ed. 1651, reprinted, Clarendon Press, Oxford, 1909.
- Joyce, James, *Ulysses* (1922), Penguin, Harmondsworth, Middlesex, England, 1960.
- Pérez Márquez, Raquel, ““El Proceso” de Kafka desde la retórica”, *Foro Interno* n° 7 (2007), pp. 114ss.
- Platón, *Las Leyes*, intro., trad. y notas de José Manuel Pabón y Manuel Fernández-Galiano, Alianza, Madrid, 2002.
- Ramírez, José Luis, “El retorno de la retórica”, *Foro Interno*, 1.
- Reina, Casiodoro de; Valera, Cipriano de; *La Biblia, que es, los sacros libros del Viejo y Nuevo Testamento*. Traducida en español por Reina y revisada en 1602 por Valera. Basilea, 1569.
- Roiz, Javier, *El mundo interno y la política*, Plaza y Valdés, Madrid/Ciudad de México, 2013.
- Sófocles, “Édipo rey”, *Tragedias*, versión rítmica de Manuel Fernández-Galiano, Planeta, Barcelona, 2011.
- Strauss, Leo, *What is Political Philosophy?* (1959), Chicago, The University of Chicago Press, 1988.
- Vázquez, Silvana, *Micropolítica de los espacios públicos interiores*, WP n° 290, Institut de Ciències Polítiques y Socials, Barcelona, 2010, págs. 7 ss. Javier Roiz, *El experimento moderno*, Ed. Trotta, Madrid, 1992, cap. 2°.
- Virgilio, *Eneida*, trad. de Rubén Bonifaz Nuño, UNAM, México, 2008.
- Voegelin, Eric, “Immortality: Experience and Symbol” (1967), *The Collected Works of Eric Voegelin*, edición de Ellis Sandoz, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1990, vol. 12.

Wolin, *Politics and Vision, Continuity and Innovation in Western Political Thought*, expanded edition, Princeton University Press, Princeton, N. J., 2004.

Esta versión incluye tres capítulos nuevos en 214 páginas inéditas.

Wolin, Sheldon S., *Democracia S. A., La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Katz, Madrid, 2008.

Documentos
de trabajo
eBooks **Novedades**
Fondo
editorial **LIBROS**
Revistas **LIBROS**

www.LibreriaCide.com